

Federico Engels

Revolución y contrarrevolución en Alemania

I

ALEMANIA EN VISPERAS DE LA REVOLUCION

El primer acto del drama revolucionario desplegado en el continente europeo ha terminado. Los «poderes que fueron» antes del huracán de 1848 han recuperado su estado de «poderes que son», y los gobernantes más o menos populares por un día, los gobernadores provisionales, los triunviros y los dictadores con toda la caterva de diputados, apoderados civiles, delegados militares, prefectos, jueces, generales, jefes, oficiales y soldados han sido arrojados a la otra orilla, «exilados allende el mar», a Inglaterra o América para formar allí nuevos gobiernos «*in partibus infidelium*» [2], comités europeos, comités centrales, comités nacionales y anunciar su advenimiento con edictos tan solemnes como las de cualesquiera potentados menos imaginarios.

No es posible figurarse una derrota tan grande como la sufrida por el partido revolucionario, mejor dicho, por los partidos revolucionarios del continente en todos los puntos de la línea de batalla. ¿Y qué? ¿No duraron cuarenta y ocho años la lucha de las clases medias inglesas y cuarenta años las batallas sin par de las clases medias francesas por la supremacía social y política? ¿Y no tuvieron el triunfo más cerca que en ninguna otra ocasión en el preciso momento en que la monarquía restaurada se creía más sólida que nunca? Han pasado hace ya mucho los tiempos de la superstición que atribuía las revoluciones a la malevolencia de un puñado de agitadores. En nuestros días todo el mundo sabe que dondequiera que hay una conmoción revolucionaria, tiene que estar motivada por alguna demanda social que las instituciones caducas impiden satisfacer. Esta demanda puede no dejarse aún sentir con tanta fuerza ni ser tan general como para asegurar el éxito inmediato; pero cada conato de represión violenta no hace sino acrecentarla y robustecerla hasta que rompe sus cadenas. Por tanto, si hemos sido derrotados, no podemos hacer nada más que volver a empezar desde el comienzo. Y, por fortuna, la tregua, probablemente muy breve, que tenemos concedida entre el fin del primer acto y el principio del segundo acto del movimiento, nos brinda el tiempo preciso para realizar una labor de imperiosa necesidad: estudiar las causas que hicieron ineludibles tanto el reciente estallido revolucionario como la derrota de la revolución, causas que no deben buscarse ni en los móviles accidentales, ni en los méritos, ni en las faltas, ni en los errores o traiciones de algunos dirigentes, sino en todo el régimen social y en las condiciones de existencia de cada país afectado por la conmoción. Que los movimientos imprevistos de febrero y marzo de 1848 no fueron promovidos por individuos sueltos, sino manifestaciones espontáneas e incontenibles de las demandas y necesidades nacionales, entendidas con mayor o menor claridad, pero vivamente sentidas por numerosas clases en cada país, es un hecho reconocido en todas partes. Pero cuando se

indagan las causas de los éxitos de la contrarrevolución, se ve por doquier la respuesta preparada de que fue por la «traición» del señor Fulano de Tal o del ciudadano Mengano de Cual al pueblo. Respuesta que, según las circunstancias, puede estar o no muy en lo cierto, pero en modo alguno explica nada, ni tan siquiera muestra cómo pudo ocurrir que el «pueblo» se dejara traicionar de esa manera. Por lo demás, es muy pobre el porvenir de un partido político pertrechado con el conocimiento del solo hecho de que el ciudadano Fulano de Tal no es merecedor de confianza.

El análisis y la exposición de las causas tanto de la conmoción revolucionaria como de la derrota de la revolución revisten, además, una importancia excepcional desde el punto de vista de la historia. Todas esas pequeñas discordias y recriminaciones personales, todos esos asertos contradictorios de que fue Marrast, o Ledru-Rollin, o Luis Blanc, o cualquier otro miembro del Gobierno Provisional, o el gabinete entero quien llevó la revolución hacia los escollos que la hicieron naufragar ¿qué interés pueden tener ni qué luz pueden proyectar para los americanos o los ingleses que han observado todos esos movimientos desde una distancia demasiado grande para poder distinguir algún detalle de las operaciones? Nadie que esté en sus cabales creará jamás que once personas [3], en su mayoría de capacidad más que mediocre tanto para hacer el bien como el mal, hayan podido hundir en tres meses a una nación de treinta y seis millones de habitantes, a menos que estos treinta y seis millones conocieran tan mal como estas once personas el rumbo que debían seguir. Pero de lo que precisamente se trata es de cómo pudo ocurrir que estos treinta y seis millones fueran llamados de pronto a decidir qué rumbo tomar, pese a que, en parte, avanzaban a tientas en las tinieblas, y de cómo ellos se perdieron luego y permitieron a sus viejos líderes volver por algún tiempo a los puestos de dirección.

Así pues, si bien intentamos explicar a los lectores de "The Tribune" [3] las causas que no sólo hicieron necesaria la revolución alemana de 1848, sino también inevitable su derrota temporal en 1849 y 1850, no se espere de nosotros una descripción completa de los sucesos tal y como sobrevinieron en el país. Los acontecimientos posteriores y el fallo de las generaciones venideras decidirán qué hechos de ese confuso cúmulo, aparentemente casuales, incoherentes e incongruentes, entrarán en la historia universal. Aún no ha llegado el momento de resolver este problema. Debemos constreñirnos a los límites de lo posible y sentirnos satisfechos si podemos encontrar las causas racionales basadas en hechos innegables que expliquen las vicisitudes principales de ese movimiento y nos den la clave de la dirección que el próximo y quizás no muy lejano estallido imprimirá al pueblo alemán.

Pues bien, ante todo, ¿qué situación había en Alemania cuando estalló la revolución?

La composición de las diferentes clases del pueblo que constituyen la base de toda organización política era en Alemania más complicada que en cualquier otro país. Mientras que en Inglaterra y en Francia el feudalismo había sido totalmente destruido o, al menos, reducido, como en Inglaterra, a unos pocos vestigios insignificantes, por la poderosa y rica clase media, concentrada en grandes ciudades, sobre todo en la capital, la nobleza feudal de Alemania conservaba gran parte de sus viejos privilegios. El sistema feudal de posesión de la tierra era el que prevalecía casi por doquier. Los terratenientes seguían conservando incluso la jurisdicción sobre sus arrendatarios. Privados de sus privilegios políticos, del derecho de exigir cuentas a los soberanos, conservaban casi íntegra su potestad medieval sobre los campesinos de sus tierras solariegas, así como su exención del pago de las contribuciones. El feudalismo prosperaba más en unos lugares que en otros, pero en ninguno fue destruido por entero excepto en la orilla izquierda del Rin. Esta nobleza feudal, numerosísima y, en

parte, riquísima, estaba considerada oficialmente el primer «estamento» del país. Nutría de altos funcionarios el Gobierno y casi totalmente de jefes y oficiales el ejército.

La burguesía de Alemania estaba muy lejos de ser tan rica y estar tan concentrada como la de Francia o Inglaterra. Las viejas manufacturas de Alemania fueron destruidas por el empleo del vapor y por la supremacía, en rápida expansión, de las manufacturas inglesas; las otras manufacturas, más modernas, fundadas bajo el sistema continental de Napoleón [4] en otras regiones del país, no compensaban la pérdida de las viejas ni eran suficientes para proporcionar a la industria una influencia tan poderosa que forzase a los gobiernos a satisfacer sus demandas, con tanto mayor motivo que estos gobiernos miraban con recelo todo aumento de la riqueza y el poder de los que no procedían de la nobleza. Si bien es cierto que Francia había mantenido venturosamente sus manufacturas sederas a través de cincuenta años de revoluciones y guerras, no lo es menos que Alemania, en el mismo período, perdió todas sus viejas tejedurías de lino. Además, los distritos manufactureros eran pocos y estaban alejados unos de otros. Situados en el interior del país, utilizaban en la mayoría de los casos para su exportación e importación puertos extranjeros, holandeses o belgas, de manera que tenían pocos o ningunos intereses comunes con las grandes ciudades portuarias del mar del Norte o Báltico; eran sobre todo, incapaces de constituir grandes centros industriales y comerciales como París, Lyon, Londres y Manchester. Las causas de ese atraso de las manufacturas alemanas eran muchas, pero basta con mencionar dos para explicarlo: la desventajosa situación geográfica del país, alejado del Atlántico, que se había convertido en la gran ruta del comercio mundial, y las continuas guerras en que Alemania se veía envuelta y han tenido por teatro su territorio desde el siglo XVI hasta nuestros días. La escasez numérica y, particularmente, la falta de concentración alguna es lo que ha impedido a las clases medias alemanas alcanzar la supremacía política que la burguesía inglesa viene gozando desde 1688 y que la francesa conquistó en 1789. No obstante, la riqueza, y con ella la importancia política de la clase media de Alemania, ha venido aumentando constantemente a partir de 1815. Los gobiernos, si bien muy a pesar suyo, se han visto obligados a tener en cuenta los intereses materiales, al menos los más inmediatos, de la burguesía. Se puede incluso afirmar a ciencia cierta que cada partícula de influencia política otorgada a la burguesía por las constituciones de los pequeños Estados luego arrebatada durante los dos períodos de reacción política que mediaron entre 1815 y 1830 y entre 1832 y 1840 era compensada con la concesión de alguna ventaja más práctica. Cada derrota política de la clase media reportaba luego una victoria en el campo de la legislación comercial. Y, por cierto, la tarifa proteccionista prusiana de 1818 [5] y la formación de la *Zollverein* [6] dieron mucho más a los comerciantes y manufactureros de Alemania que el dudoso derecho de expresar en las cámaras de algún diminuto ducado su desconfianza de los ministros que se reían de sus votos. Así, pues, con el aumento de la riqueza y la extensión del comercio, la burguesía alcanzó pronto el nivel en que el desarrollo de sus intereses más importantes se veía frenado por el régimen político del país, por su división casual entre treinta y seis príncipes con apetencias y caprichos opuestos; por las trabas feudales que atenazaban la agricultura y el comercio relacionado con ella; y por la fastidiosa supervisión a que la burocracia, ignorante y presuntuosa, sometía todas las transacciones. Al propio tiempo, la extensión y consolidación de la *Zollverein*, la introducción general del transporte a vapor y el aumento de la competencia en el comercio interior unieron más a las clases comerciantes de los distintos Estados y provincias, igualaron sus intereses y centralizaron su fuerza. La consecuencia natural fue el paso en masa de todos ellos al campo de la oposición liberal y la victoria en la primera batalla seria de la clase media alemana por el poder político. Este cambio puede datarse desde 1840,

cuando la burguesía de Prusia asumió la dirección del movimiento de la clase media alemana. En adelante volveremos a tratar de este movimiento de la oposición liberal de 1840-1847.

Las grandes masas de la nación, que no pertenecían ni a la nobleza ni a la burguesía, constaban, en las ciudades, de la clase de los pequeños artesanos y comerciantes, y de los obreros, y en el campo, de los campesinos.

La clase de los pequeños artesanos y comerciantes es numerosísima en Alemania debido al escaso desarrollo que los grandes capitalistas e industriales han tenido como clase en este país. En las mayores ciudades constituye casi la mayoría de la población, y en las pequeñas predomina totalmente debido a la ausencia de competidores ricos que se disputen la influencia. Esta clase, una de las más importantes en todo organismo político moderno y en toda moderna revolución, es más importante aún en Alemania, donde ha desempeñado generalmente la parte decisiva en las recientes luchas. Su posición intermedia entre la clase de los capitalistas, comerciantes e industriales, más grandes, y el proletariado, u obreros fabriles, es la que determina su carácter. Aspira a alcanzar la posición de la primera, pero el mínimo cambio desfavorable de la fortuna hace descender a los de esta clase a las filas de la última. En los países monárquicos y feudales, la clase de los pequeños artesanos y comerciantes necesita para su existencia los pedidos de la corte y la aristocracia; la pérdida de estos pedidos puede arruinarlos en gran parte. En las ciudades pequeñas son la guarnición militar, la diputación provincial y la Audiencia con la caterva que arrastran los que forman muy a menudo la base de su prosperidad; si se retira todo esto, los tenderos, los sastres, los zapateros y los carpinteros vendrán a menos. Así pues, están siempre oscilando entre la esperanza de entrar en las filas de la clase más rica y el miedo de verse reducidos al estado de proletarios o incluso de mendigos; entre la esperanza de asegurar sus intereses, conquistando una participación en los asuntos públicos, y el temor de provocar con su inoportuna oposición la ira del gobierno, del que depende su propia existencia, ya que está en la mano de él quitarle sus mejores clientes; posee muy pocos medios, y la inseguridad de su posesión es inversamente proporcional a la magnitud de los mismos; por todo lo dicho, esta clase vacila mucho en sus opiniones. Humilde y lacayuna ante los poderosos señores feudales o el gobierno monárquico, se pasa al lado del liberalismo cuando la clase media está en ascenso; tiene accesos de virulenta democracia tan pronto como la clase media se ha asegurado su propia supremacía, pero cae en la más abyecta cobardía tan pronto como la clase que está por debajo de ésta, la de los proletarios, intenta un movimiento independiente. A lo largo de nuestra exposición veremos cómo en Alemania esta clase ha pasado alternativamente de uno de estos estados a otro.

La clase obrera de Alemania ha quedado atrasada en su desarrollo social y político con respecto la clase obrera de Inglaterra y Francia en la misma medida en que la burguesía alemana se ha quedado rezagada de la burguesía de estos países. El criado es como el amo. La evolución en las condiciones de existencia de una clase proletaria numerosa, fuerte, concentrada e inteligente va de la mano del desarrollo de las condiciones de existencia de una clase media numerosa, rica, concentrada y poderosa. El movimiento obrero por sí mismo jamás es independiente, jamás lo es de un carácter exclusivamente proletario a menos que todas las fracciones diferentes de la clase media y, particularmente, su fracción más progresiva, la de los grandes fabricantes, haya conquistado el poder político y rehecho el Estado según sus demandas. Entonces se hace inevitable el conflicto entre el patrono y el obrero y ya no es posible aplazarlo más; entonces no se puede seguir entreteniéndolos a los obreros con esperanzas ilusorias y promesas que jamás se han de cumplir; el gran problema del siglo XIX, la abolición del proletariado, es al fin planteado con toda claridad.

Ahora, en Alemania, la mayoría de la clase obrera tiene trabajo, pero no en las fábricas de los magnates de tipo contemporáneo, representados en Gran Bretaña por especies tan espléndidas, sino por pequeños artesanos que tienen por todo sistema de producción meros vestigios de la Edad Media. Y lo mismo que existe una gran diferencia entre el gran señor del algodón, por una parte, y el pequeño zapatero o sastre, por otra, hay la misma distancia entre el obrero fabril despierto e inteligente de las modernas Babilonias industriales y el corto oficial de sastre o ebanista de una pequeña ciudad provincial en la que las condiciones de vida y el carácter del trabajo han sufrido sólo un ligero cambio en comparación con lo que eran cinco siglos antes para la gente de esta categoría. Esta ausencia general de condiciones modernas de vida y de modernos tipos de producción industrial iba acompañada naturalmente por una ausencia casi tan general de ideas contemporáneas; por eso no tiene nada de extraño que, al comienzo de la revolución, gran parte de los obreros reclamara inmediatamente el restablecimiento de los gremios y de las privilegiadas industrias de oficios medievales. Y aun así, merced a la influencia de los distritos manufactureros, en los que predominaba el moderno sistema de producción y, en consecuencia, de las facilidades de intercomunicación y desarrollo mental brindadas por la vida errante de gran número de obreros, entre ellos se formó un gran núcleo cuyas ideas sobre la liberación de su clase se distinguían por una claridad incomparablemente mayor y más acorde con los hechos existentes y necesidades históricas; pero eran sólo una minoría. Si el movimiento activo de la clase media puede datarse desde 1840, el de la clase obrera comienza por las insurrecciones de los obreros fabriles de Silesia y Bohemia en 1844 [7] y no tardaremos en tener ocasión de pasar revista a las diferentes fases por las que ha pasado este movimiento.

Por último, estaba la gran clase de los pequeños arrendatarios, de los campesinos, que constituyen con su apéndice, los jornaleros agrícolas, una mayoría considerable de toda la nación. Pero esta clase se subdivide a su vez en diversos grupos. Vemos, primero a los campesinos más acomodados, llamados en Alemania *Gross- y Mittelbauern* [***], propietarios de tierras más o menos extensas, y cada uno de ellos utiliza los servicios de varios obreros agrícolas. Esta clase, colocada entre los grandes propietarios feudales de la tierra, eximida del pago de contribuciones, y los pequeños campesinos y obreros agrícolas, por razones obvias, se encontraron en alianza con la burguesía urbana antifeudal. Segundo, vemos a los pequeños campesinos propietarios que predominan en la provincia del Rin, donde el feudalismo sucumbió bajo los poderosos golpes de la Gran Revolución Francesa. Pequeños campesinos propietarios e independientes similares existían asimismo en algunas partes de otras provincias, donde habían logrado redimir las cargas feudales que vinculaban sus tierras. No obstante, esta clase era de propietarios libres sólo nominalmente, pues su propiedad había sido, por lo común, hipotecada y, además, en condiciones tan onerosas que no era el campesino, sino el usurero que había prestado el dinero el propietario real de la tierra. Tercero, los campesinos adscritos a la gleba, que no podían ser desahuciados con facilidad de sus parcelas, pero que estaban obligados a pagar al terrateniente una renta constante o ejecutar a perpetuidad un trabajo para el señor. Por último, existían obreros agrícolas cuyas condiciones, en muchas grandes haciendas, eran exactamente iguales que las de la misma clase en Inglaterra y que, en todo caso, vivían y morían pobres, mal alimentados y esclavos de sus amos. Antes de la revolución, estas tres últimas clases de la población rural: los pequeños propietarios libres, los campesinos adscritos a la gleba y los obreros agrícolas jamás se calentaban la cabeza con la política, pero, sin duda, este acontecimiento tenía que abrirles un nuevo sendero, lleno de brillantes perspectivas. La revolución ofrecía ventajas a cada uno de ellos, y era de esperar que el movimiento, una vez comenzado y desplegado, los incorporase a su vez a todos ellos. Pero, al mismo tiempo, es completamente

evidente, e igualmente confirmado por la historia de todos los países modernos, que la población agrícola, debido a su dispersión en gran extensión y a la dificultad de que llegue a ponerse de acuerdo una porción considerable de ella, jamás puede emprender ningún movimiento independiente con éxito; requiere el impulso inicial de la población más concentrada, más ilustrada y de más movimiento de las ciudades.

El breve esbozo precedente de las clases más importantes que, en conjunto, formaban la nación alemana en el momento del estallido de los recientes movimientos, será suficiente para explicar una gran parte de la incoherencia, la incongruencia y la contradicción aparente que predominaban en este movimiento. Cuando intereses tan dispares, tan contradictorios y tan extrañamente encontrados entran en violenta colisión; cuando estos intereses en pugna de cada distrito o provincia se mezclan en distintas proporciones; cuando, sobre todo, en el país no hay ningún centro importante, un Londres o un París, cuyas decisiones pudieran, por su peso, eximir al pueblo de la necesidad de ventilar cada vez de nuevo el mismo conflicto mediante la lucha en cada localidad, ¿qué otra cosa se puede esperar sino la dispersión de la lucha en un sinnúmero de combates desligados en los que se derrama una enormidad de sangre y se gastan infinitas energías y capital sin ningún resultado decisivo?

El desmembramiento político de Alemania en tres docenas de principados más o menos importantes se explica igualmente por la confusión y multiplicidad de los elementos que constituyen la nación y, encima, son distintos en cada localidad. Donde no hay intereses comunes, no puede haber unidad de objetivos y menos aún de acción. La Confederación alemana [8], es cierto, fue declarada indisoluble por los siglos de los siglos; no obstante, la Confederación y su órgano, la Dieta [9], jamás han representado la unidad alemana. El grado supremo a que llegó la centralización en Alemania fue la *Zollverein*; esta Liga obligó a los Estados del Mar del Norte a formar su propia Liga arancelaria [10], en tanto que Austria seguía protegiéndose con sus aranceles prohibitivos. Así pues, Alemania estaba satisfecha de su división, para todo objetivo práctico, sólo en tres poderes independientes en lugar de treinta y seis. Naturalmente, la supremacía decisiva del zar ruso [***], establecida en 1814, no sufrió por ello cambio alguno.

Tras de exponer estas conclusiones previas, sacadas de nuestras premisas, veremos en el siguiente artículo cómo las diversas clases antemencionadas del pueblo alemán se pusieron en movimiento, una tras otra, y el carácter que este movimiento adquirió al estallar la revolución francesa de 1848.

Londres, septiembre de 1851

[*] Los miembros del Gobierno Provisional francés. (N. de la Edit.)

[**] Campesinos ricos y medios. (N. de la Edit.)

[***] Alejandro I. (N. de la Edit.)

[1] La serie de artículos "Revolución y contrarrevolución en Alemania" se imprimió en el "New York Daily Tribune" de 1851 a 1852 y fue escrita por Engels a petición de Marx, ocupado por entonces en hacer investigaciones económicas. Se publicó en el "Tribune" con la firma de Marx, que era el colaborador oficial del periódico. Hasta 1913, y eso con motivo de la publicación de la correspondencia entre Marx y Engels, no se supo que este trabajo lo había escrito Engels.

[2] *In partibus infidelium* (literalmente: «en el país de los infieles»): adición al título de los obispos católicos destinados a cargos puramente nominales en países no cristianos. Esta expresión la empleaban a menudo Marx y Engels, aplicada a diversos gobiernos emigrados que se habían formado en el extranjero sin tener en cuenta alguna la situación real del país.

[3] "The Tribune": título abreviado del periódico progresista burgués "The New York Daily Tribune" ("Tribuna diaria de Nueva York"), que apareció de 1841 a 1924. Marx y Engels colaboraron en él desde agosto de 1851 hasta marzo de 1862.

[4] *El sistema continental*, o bloqueo continental: prohibición, declarada en 1806 por Napoleón I para los países del continente europeo de comerciar con Inglaterra. El bloqueo continental cayó después de la derrota de Napoleón en Rusia.

[5] *La tarifa proteccionista de 1818*: abolición de los aranceles internos en el territorio de Prusia.

[6] *Zollverein* (La Liga aduanera), fundada en 1834 bajo los auspicios de Prusia, agrupaba a casi todos los Estados alemanes; una vez establecida una frontera aduanera común, contribuyó en lo sucesivo a la unión política de Alemania.

[7] La insurrección de los tejedores de *Silesia*, del 4 al 6 de junio de 1844, primera gran lucha de clase del proletariado y la burguesía de Alemania, y la insurrección de los obreros *checos* en la segunda mitad de junio de 1844 fueron aplastadas sin piedad por las tropas gubernamentales.

[8] La *Confederación Alemana*, fundada el 8 de junio de 1815 en el Congreso de Viena, era una unión de los Estados absolutistas feudales de Alemania y consolidaba el fraccionamiento político y económico de Alemania.

[9] *La Dieta de la Unión*: órgano central de la Unión Alemana con sede en Francfort del Meno; fue un instrumento de la política reaccionaria de los gobiernos alemanes.

[10] La denominada *Liga arancelaria* (*Steuerverein*) se formó en mayo de 1834, integrada por los Estados alemanes de Hannover, Braunschweig, Oldemburgo y Schaumburgo-Lippe, interesados en el comercio con Inglaterra. Para 1854, esta alianza separada se deshizo, y sus participantes se adhirieron a la Liga aduanera (véase la nota 6).

III

LOS OTROS ESTADOS ALEMANES

En nuestro artículo anterior nos limitamos casi exclusivamente al Estado que, entre 1840 y 1848, fue casi el más importante del movimiento en Alemania: el de Prusia. Lancemos, no obstante, una rápida ojeada a otros Estados de Alemania en este mismo período.

Por lo que se refiere a los Estados pequeños, han pasado, desde el movimiento revolucionario de 1830, por la dictadura completa de la Dieta Unida, es decir, de Austria y Prusia. Por ilusorias que fuesen las diversas constituciones adoptadas como medio de defensa contra la arbitrariedad de Estados más grandes, para asegurar popularidad a sus autores coronados y la unidad a las asambleas heterogéneas de las provincias, formadas sin ningún principio rector por el Congreso de Viena, resultaron sin embargo, peligrosas en el tumultuoso período de 1830-1831 para el poder de los

pequeños monarcas. Fueron derogadas casi totalmente. Lo que quedó de ellas era menos que una sombra y se requería la locuaz complacencia de un Welcker, un Rotteck o un Dahlmann para imaginar que se podía obtener algún resultado de esa sumisa oposición, mezclada con el vil reptilismo que se les permitía mostrar en las impotentes cámaras de esos pequeños Estados.

La parte más enérgica de la clase media de esos pequeños Estados abandonó, poco después de 1840, todas las esperanzas que ellas cifraran en el desarrollo del gobierno parlamentario de esas dependencias de Austria y Prusia. Y tan pronto como la burguesía prusiana y las clases aliadas a ella mostraron su seria resolución de luchar por el gobierno parlamentario de Prusia, se les permitió asumir la dirección del movimiento constitucional sobre toda la Alemania no austríaca. Es un hecho incontestable ahora que el núcleo de los constitucionalistas de Alemania Central que luego se salió de la Asamblea Nacional de Francfort y que, por el lugar de sus reuniones separadas, recibió el nombre de Partido de Gotha [23], discutió mucho antes de 1848 un plan que, con pequeñas modificaciones, propuso en 1849 a los representantes de toda Alemania. Aspiraba a la exclusión completa de Austria de la Confederación Alemana y al establecimiento de una nueva Confederación con una nueva ley fundamental y un Parlamento federal bajo la protección de Prusia y la incorporación de los Estados más pequeños a otros mayores. Todo eso debía llevarse a cabo en el momento en que Prusia ingresara en las filas de la monarquía constitucional, diese la libertad de prensa y aplicase una política independiente de Rusia y Austria, concediendo así a los constitucionalistas de los Estados pequeños la posibilidad de obtener un control real sobre sus gobiernos respectivos. El inventor de este esquema fue el catedrático Gervinus, de Heidelberg (Baden). Así, la emancipación de la burguesía prusiana debía ser la señal para la emancipación de las clases medias de Alemania en general y para la conclusión de una alianza, ofensiva y defensiva, tanto contra Rusia como contra Austria; pues Austria, como veremos ahora mismo, era tenida por un país enteramente bárbaro del que se sabía muy poco, y lo poco que se sabía no hacía honor a su población; Austria, pues, no era considerada parte esencial de Alemania.

Por cuanto a las otras clases de la sociedad de los Estados pequeños, seguían, con más o menos rapidez, los pasos de sus cofrades de Prusia. Los pequeños comerciantes estaban más descontentos cada día de sus respectivos gobiernos por el aumento de los impuestos, las restricciones de sus exiguos derechos políticos, de los que estaban tan ufanos de compararse con los «esclavos del despotismo» de Austria y Prusia. Pero, en su oposición, aún no se descubría nada lo suficiente determinado que pudiera destacarlos como partido independiente distinto del partido constitucionalista de la gran burguesía. El descontento entre los campesinos también aumentaba, pero era bien sabido que en tiempos tranquilos y pacíficos jamás propugnarían sus intereses ni adoptarían su posición como clase independiente, excepto los países donde estaba establecido el sufragio universal. La clase obrera, en los oficios y las industrias de las ciudades, comenzaba a contaminarse con la «ponzoña» del socialismo y el comunismo, pero eran pocas, fuera de Prusia, las ciudades de alguna importancia y aún menos los distritos industriales, por lo que el movimiento de los obreros, debido a la falta de centros de actividad y propaganda, se desarrollaba con mucha lentitud en los Estados pequeños.

Tanto en Prusia como en los Estados pequeños, la dificultad que existía para que se manifestase la oposición política promovió una original oposición religiosa que se expresaba en movimientos paralelos del catolicismo alemán y del Congregacionalismo Libre [24]. La historia nos brinda numerosos ejemplos de cómo en los países que gozan los bienes de una Iglesia Estatal y en que la discusión política está muy obstaculizada, la oposición profana y peligrosa contra el poder seglar se

oculta tras una lucha más santificada y aparentemente más desinteresada contra el despotismo espiritual. Muchos gobiernos que no toleran la discusión de ninguno de sus actos lo pensarán bien antes de crear mártires y excitar el fanatismo religioso de las masas. Así pues, en 1845, se conceptuaba la religión parte inseparable del régimen de cada Estado de Alemania, ya se profesase la católica romana como la protestante o ambas a la vez. Y en cada uno de estos Estados, el clero de una de estas religiones o de las dos constituía una parte esencial del sistema burocrático del gobierno. Atacar la ortodoxia protestante o católica o al clero era tanto como atacar al propio gobierno. En cuanto a los católicos alemanes, su misma existencia era un ataque a los gobiernos católicos de Alemania, sobre todo de Austria y Baviera; y así lo entendían estos gobiernos. Los Congregacionistas Libres, los disidentes protestantes, que tenían cierto parecido con los unitarios ingleses y norteamericanos [25], declaraban explícitamente su oposición a la tendencia ortodoxa clerical y rígida del rey de Prusia y de su ministro favorito del Departamento de Educación y Culto, señor Eichhorn. Las dos nuevas sectas, que se extendieron rápidamente durante cierto tiempo, la primera en las tierras católicas y la segunda en las protestantes, se distinguían únicamente por su diferencia de origen; en cuanto a sus doctrinas, coincidían exactamente en el importante punto de que todos los dogmas definidos carecían de consistencia. Esa falta de toda definición era su esencia genuina; decían que estaban erigiendo el gran templo bajo cuyas bóvedas se unirían todos los alemanes. Por tanto, en el aspecto religioso expresaban la segunda idea política del día, la idea de la unidad de Alemania; sin embargo, no podían ponerse de acuerdo entre ellos mismos.

La idea de la unidad de Alemania que las antemencionadas sectas procuraban llevar a cabo al menos en el terreno de la religión, inventando una religión común para todos los alemanes, amoldada especialmente a sus demandas, costumbres y gustos, esta idea se extendió efectivamente mucho, sobre todo en los Estados pequeños. Después de la disolución del Imperio alemán por Napoleón [26] el llamamiento a la unión de todos los *disjecta membra* [*] del cuerpo alemán fue la expresión general del descontento por el orden establecido de las cosas, máxime en los Estados pequeños, donde los gastos de la corte, de la administración y del ejército, en suma, el peso muerto de los impuestos, crecían en razón directa a la pequeñez y debilidad del Estado. Mas en el punto de lo que debía ser esa unidad de Alemania, cuando se llevase a efecto, eran dispares las opiniones de los partidos. La burguesía, que no quería grandes convulsiones revolucionarias, se satisfacía con lo que ya hemos visto que consideraba «viable», a saber, la unión de toda Alemania, excluida Austria, bajo la supremacía del gobierno constitucional de Prusia: y es seguro que por entonces no se podía hacer nada más sin provocar peligrosas tempestades. Los pequeños comerciantes, los artesanos y los campesinos, en la medida que el problema preocupaba a estos últimos, jamás llegaron a definirse con respecto a la unidad de Alemania, que reclamaron luego con tal griterío; unos cuantos soñadores, en su mayoría reaccionarios feudales, cifraban sus esperanzas en el restablecimiento del Imperio alemán; algunos ignorantes, los *soi-disant* [**] radicales, admiradores de las instituciones suizas, que aún no habían conocido en la práctica y que, les decepcionó de manera tan ridícula, se pronunciaban por una república federal; había un solo partido extremo que, por entonces, se atrevía a propugnar la República Alemana [27], una e indivisible. Así pues, la unidad de Alemania era en sí un gran problema de desunión, de discordia y, en caso de ciertas eventualidades, incluso de guerra civil.

Resumiendo, la situación en Prusia y en los Estados pequeños de Alemania a fines de 1847 era la siguiente. La burguesía sentía su fuerza y se resolvió a no tolerar más tiempo las trabas con que el despotismo feudal y burocrático encadenaba sus transacciones comerciales, su productividad industrial y sus acciones comunes como clase; una parte de la nobleza rural se había convertido

hasta tal punto en productora de artículos destinados exclusivamente al mercado que tenía los mismos intereses de la burguesía e hizo causa común con ella; la clase de los pequeños artesanos y comerciantes estaba descontenta por los impuestos y las barreras interpuestas en su negocio, pero aún no tenía ningún plan definido para esas reformas que pudieran asegurar su posición en la sociedad y en el Estado; los campesinos, oprimidos en algunos sitios por las exacciones feudales, y en otros por los prestamistas, los usureros y los leguleyos; los obreros de las ciudades habían sufrido el impacto del descontento general y odiaban tanto al gobierno como a los grandes capitalistas industriales y se dejaban contagiar por las ideas socialistas y comunistas. En suma, existía una masa heterogénea de elementos opositores movidos por diversos intereses, pero más o menos dirigidos por la burguesía, a cuyas primeras filas marchaba de nuevo la burguesía de Prusia y, particularmente, de la provincia del Rin. Por otro lado, los gobiernos, que discrepaban en muchas cuestiones y desconfiaban los unos de los otros, particularmente del de Prusia, con cuya protección debían contar; en Prusia, rechazado el gobierno por la opinión pública y aun por parte de la nobleza, apoyado por el ejército y la burocracia, que cada día se contagiaba más de las ideas de la burguesía opositora y caía bajo el influjo de ésta, el gobierno que, encima de lo dicho, no tenía un céntimo en el más estricto sentido de la palabra y que no podía conseguir ni un céntimo para cubrir su creciente déficit sin entregarse a la discreción de la burguesía, a la cual tenía en contra. ¿Habrá tenido alguna vez la burguesía de cualquier otro país mejor situación en su lucha contra el gobierno establecido?

Londres, septiembre de 1851

[*] *Disjecta membra*: miembros dispersos. (N. de la Edit.)

[**] *Soi-disant*: así llamados. (N. de la Edit.)

[23] *Partido de Gotha*: se fundó en junio de 1849 por representantes de la gran burguesía contrarrevolucionaria y de los liberales de derecha; se proponía agrupar a toda Alemania, excepción hecha de Austria, bajo los auspicios de la Prusia de los Hohenzollern.

[24] «*Catolicismo alemán*»: movimiento religioso que surgió en 1844 y abarcó a grandes sectores de la burguesía media y pequeña; estaba encauzado contra las manifestaciones extremas de misticismo y gismo en la Iglesia católica. Al rechazar la primacía del papa de Roma y de numerosos dogmas y ritos de la Iglesia católica, los «católicos alemanes» pretendían adaptar el catolicismo a los menesteres de la burguesía alemana.

«*Congregacionalismo Libre*»: se separó de la Iglesia protestante oficial en 1846. Esta oposición religiosa fue una de las formas de manifestación del descontento de la burguesía alemana en los años 40 del siglo XIX por el régimen reaccionario de Alemania. En 1859, el «Congregacionalismo Libre» se fundió con el de «católicos alemanes».

[25] . *Unitarios* o antitrinitarios: representantes de la corriente religiosa que surgió en el siglo XVI en Alemania y reflejaba la lucha de las masas populares y de la parte radical de la burguesía contra el régimen y la Iglesia feudales. En Inglaterra y América, el unitarismo penetró a raíz del siglo XVII. La doctrina del unitarismo colocaba en el siglo XIX en primer plano los momentos ético-morales de la religión, pronunciándose contra su aspecto exterior, ritual.

[26] Hasta agosto de 1806 Alemania entraba en el denominado Sacro Imperio Romano de la nación alemana, fundado en el siglo X; era una unión de principados feudales y ciudades libres que reconocían el poder supremo del emperador.

[27] La consigna de una República Alemana única e indivisible fue lanzada ya en vísperas de la revolución por Marx y Engels.